

# **DE LA RESISTENCIA AL PODER**

## **Articulación y repertorios indígenas en la lucha por el poder político: el ensayo boliviano**

**Araceli Burguete**

**E**sta colaboración examina los repertorios de acción colectiva que fueron desplegados por el movimiento indígena en Bolivia en el ciclo de resistencia 2000-2005, que condujo entre otras cosas, al ascenso de Evo Morales a la Presidencia de la República de ese país. Las nociones de “marcos de acción colectiva” (Tarrow, 2004) y de “tecnologías de resistencia indígena territorializadas” de Mamani (2006), guían la búsqueda de dichos repertorios, cuyas prácticas se distinguen de acuerdo con la localización regional de micropoderes, liderazgos y organizaciones indígenas, diseminados en los distintos pisos ecológicos de Bolivia.

Palabras clave: acción colectiva, movimiento indígena en Bolivia, Evo Morales.

### **ABSTRACT**

This collaboration examines repertoires of action collective which they were unfolded by the indigenous movement at Bolivia in the cycle of resistance 2000-2005, that lead among other things, to the ascent of Evo Morales to the presidency of the Republic of that country. The slight knowledge of “marks of collective action” (Tarrow, 2004) and of “territorialized technologies of indigenous resistance” of Mamani (2006), guide the search of these repertoires, whose practices are distinguished according to the regional location of micro powers, leaderships and indigenous organizations, scattered in the different ecological floors from Bolivia.

Key words: collective action, indigenous movement in Bolivia, Evo Morales.

### **DE LA RESISTENCIA AL PODER: EL ENSAYO BOLIVIANO**

En octubre de 2006 en la semana del 8 al 12, la ciudad de La Paz, Bolivia, fue la sede del “Encuentro continental de pueblos y nacionalidades indígenas de Abya Yala. De la resistencia al poder”. La convocatoria del encuentro en Bolivia tenía como propósito celebrar y respaldar, desde el movimiento indígena continental, el arrollador triunfo

electoral, con más del 50%, del aymara Evo Morales a la presidencia de la República. El encuentro buscaba dotar de una “doble legitimidad” al nuevo presidente. Morales asumió el cargo en una ceremonia oficial, dentro del protocolo del Estado boliviano en el marco de los códigos de la gramática de la democracia liberal. Pero también simultáneamente, fue ungido en el marco de otros códigos, en “gramática indígena”. La toma de posesión se realizó en el centro ceremonial de *Tiawanaku* en medio de aromas, oraciones, inciensos, bastones de mando. Ritual que buscaba ratificar que Evo Morales no sólo era el “primer presidente indígena de Bolivia” sino también “de todos los pueblos y nacionalidades indígenas de Abya Yala (América)”; tal y como lo refrendaron diversos oradores indígenas participantes en el encuentro, haciendo suyo el triunfo simbólico que significaba para diversos sectores indígenas del continente el triunfo de Morales, y que sintetizaba en el lema que convocaba al Encuentro Continental Indígena.

¿Fue “el movimiento indígena” de Bolivia el artífice de ese triunfo?, ¿qué luchas se libraron antes de las elecciones de diciembre de 2005, que crearon las condiciones para que tal suceso se produjera?, ¿qué articulaciones políticas hubo que darse entre los diversos segmentos del movimiento indígena y distintos sectores sociales movilizados para lograrlo? Y finalmente, ¿qué repertorios de lucha irrumpieron y qué tejido sociocultural se activó, para hacer posible el ciclo de protestas (2000-2005) que culminaron con el triunfo de Evo Morales; dando inicio a un nuevo ciclo orientado hacia la refundación del Estado (Morales, 2004) mediante la Asamblea Constituyente? Estas son algunas de las preguntas que alientan esta comunicación.

Sin embargo, dar respuesta detallada a todas ellas requiere mucho más espacio que estas breves páginas, por lo que me limitaré a reflexionar alrededor de la última de ellas, sobre los repertorios de lucha y el tejido social que se activó para soportarlos y alentarlos. Tejido que me parece, ofrece algunas de las claves para comprender el triunfo de Morales como el suceso culminante en el ciclo de protestas (2000-2005) del “ensayo” boliviano (Rauber, 3003), que aquí me ocupa.

Aproximarse a la experiencia boliviana como un “ensayo”, acota las intenciones triunfalistas de pensar dicho movimiento como un proceso acabado y cuyo fin último es el ascenso de Morales. O suponer que ese movimiento puede ser un “modelo” repetible.<sup>1</sup> La idea de “ensayo” da cuenta del carácter contingente de las luchas y del devenir de la sociedad. Cada experiencia es única, producto de sus propias condiciones

<sup>1</sup> Al estudiar los movimientos sociales en América Latina, Isabel Rauber aborda el estudio de la construcción de los sujetos sociales de distintas “experiencias” (Movimiento Sin Tierra, en Brasil, Los piqueteros en Argentina, el EZLN en Chiapas, la CONAIE en Ecuador, el MAS en Bolivia, entre otros) desde la perspectiva de “ensayos” específicos (Rauber, 2003).

y repertorios de acción colectiva históricamente situados. Nos corresponde reflexionar sobre ellos en términos de referentes, de luces para ilustrar, pensar las distintas luchas indígenas del continente. Diversidad que articulada, hacen posible la construcción de la sinergia que se requiere para hacer avanzar el logro de los derechos políticos de los pueblos indígenas en este continente de *Abya Yala*.

### **CICLOS DE ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTO SOCIAL INDÍGENA (2000-2005)**

El primer lustro del nuevo siglo en Bolivia es el periodo de una serie de eventos, de protesta social, que encadenados uno tras otro, articularon un ciclo de acción colectiva (Tarrow, 2004)<sup>2</sup> que se caracterizó por una creciente visibilidad del movimiento indígena, como los actores colectivos radicalizados, con mayor capacidad para enfrentar las propuestas del Estado neoliberal y del capital. El movimiento cocalero de El Chapare y aymara del Altiplano-Valles de La Paz; así como los regantes de agua y los barrios urbanos de Cochabamba, se convierten en detonantes para el cuestionamiento del modelo neoliberal en Bolivia (Mamani, 2003). En el periodo 2000-2005, los principales discursos contestatarios se articulaban desde una gramática indígena, que reclamaba el control de los recursos estratégicos, como los territorios, agua, gas e hidrocarburos. Fueron los movimientos sociales indígenas quienes visibilizaron reivindicaciones y carencias de los sectores populares y los suyos propios. Los discursos de transformación social en Bolivia fueron planteados desde los liderazgos indígenas, tanto los de base (como Felipe Quispe y Evo Morales, entre otros), como de los intelectuales indígenas (Calla, 1993), aquellos que habían asistido a las universidades públicas en ese país,

<sup>2</sup> Sydney Tarrow afirma que los “Ciclos de acción colectiva” se presentan en momentos históricos específicos cuando la acción colectiva emerge en momentos políticos de transformación con base estructural. Son momentos de creciente expansión de la acción colectiva, que viene de menos a más. Una vez iniciado un ciclo, el coste de las acciones colectivas disminuye para otros actores y se propagan los principales modelos de activismo. Los nuevos movimientos que surgen en tales contextos no necesitan depender tanto de sus recursos internos como de las oportunidades genéricas que ofrecen sus sociedades, y las clases dominantes responden menos a movimientos específicos que al contexto general de acción colectiva con el que deben tratar. En sus palabras: “Cuando empleo el término ‘ciclo de acción colectiva’ me refiere a una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de intermediación intensificada entre disidentes y autoridades [...] y produce un resultado general mayor que la suma de las consecuencias de una serie de acontecimientos desconectados” (2004:202-203).

socavando la legitimidad del Estado, hasta conducirlo a una situación de crisis. García Linera evaluaba: “las luchas indígenas cuestionaron severamente la legitimidad del Estado oligárquico neoliberal, sumiendo al Estado en una crisis política; que sumada con la crisis económica creara una condición de ‘crisis de Estado’” (2005:83).

De manera sintética algunos de los eventos del “ciclo de acción colectiva” más significativos son los siguientes: *a*) de febrero a abril de 2000 se suceden diversas movilizaciones campesinas y populares en la ciudad de Cochabamba en contra de la privatización del agua; episodios a los que se les ha llamado la “guerra del agua” en la ciudad de Cochabamba (Assies, 2001). En 2003 las movilizaciones se trasladan a La Paz. Del 12 al 13 de febrero se realiza una movilización conocida como la “revuelta contra el aumento de impuestos”. En septiembre-octubre de 2003 se produce una rebelión aymara urbana en La Paz y en El Alto (la ciudad urbana indígena más grande de Bolivia) que se conoció como “la guerra del gas” (Rivera, 2003, Mamani, 2003).

En 2003 y 2004 la principal discusión se enfocó en diseñar estrategias que condujeran a la reapropiación de los recursos naturales que se encontraban en manos del capital transnacional. En mayo, junio y julio 2005, en medio de una generalizada confrontación política en donde se movilizaron numerosos pueblos, organizaciones, junto con sectores obreros y populares, cayó de manera fulminante el gobierno de Carlos Mesa y se dio paso a la convocatoria de elecciones anticipadas del 18 de diciembre de 2005 (Patzí, 2005), donde Evo Morales obtuvo una contundente victoria electoral.

En la mayoría de esos hechos la participación de la población indígena y sus organizaciones indígenas fue definitiva. Y lo fue en varios sentidos. En primer lugar porque los movimientos sociales se desplegaron en territorios y áreas de influencia indígena lo que hacía posible una mayor eficacia. En segundo lugar porque el repertorio de la acción colectiva se expandió en el marco de una estrategia y prácticas políticas indígenas ya conocidas en luchas anteriores, como las marchas, tomas de tierras, bloqueos, cercos a las ciudades, toma de edificios gubernamentales o la supresión de instituciones estatales manteniendo las propias, como los *ayllus* y *markas* (Mamani, 2003), entre otras estrategias de movilización que fueron reactivadas desde la memoria histórica de la resistencia, pero que en la coyuntura que nos ocupa, en tiempos de globalización, fueron resignificadas como luchas globales, en contra del Estado neoliberal y las empresas transnacionales (Mayorga *et al.*, 2005).

Otra novedad en el ciclo 2000-2005, fue el tamaño del movimiento y la amplitud de los sectores que fueron convocados, haciendo una gran articulación política, una gigantesca acción colectiva de carácter multiétnico, pluriclasista y multisectorial; lo que introdujo novedosas formas de organización en el repertorio de lucha, e hizo posible construir subjetiva y colectivamente, movimientos sociales con una identidad de resistencia y de rechazo al Estado y al sistema neoliberal (Blumer, 1982; Melucci,

1999) que llevó votos a favor de Morales.<sup>3</sup> De tal forma que en realidad el “ciclo de acción colectiva” 2000-2005, no se limitó a un “movimiento social indígena” en sentido estricto, sino que se configuró como un movimiento de “identificación étnica”.

Para acercarse a comprender el triunfo de Morales, resulta útil la distinción que realiza Calla (2003) entre un “movimiento étnico” o movimiento indígena, cuyos participantes son miembros o se adscriben a una identidad étnica indígena, otro, que es distinto, al que llama “movimiento de identificación étnica”, como base para la acción política. Un movimiento de este tipo integra por igual a indígenas y no indígenas en un proyecto político. La “identificación étnica”: “alude a procesos complejos de solidaridades y opciones ideológicas conscientes” de adhesión a proyectos políticos de base étnica: “una identificación étnica en cuanto base de una acción política en la que confluyen tanto sujetos externos al mundo aymara, quechua y otros autodenominados ‘pueblos indígenas’ u ‘originarios’ como sujetos provenientes desde dentro de ese universo étnico” (2003:61).

Coincidiendo con Calla en que las luchas étnicas en Bolivia fueron más allá de las fronteras étnicas indígenas, se debe enfatizar que la “identificación étnica” se articuló alrededor del liderazgo indígena, lo que permitió a las organizaciones indígenas hegemonizar este episodio histórico, que es fundacional para la nueva Bolivia.

Sin embargo, conviene acotar que aunque ciertamente el “movimiento social indígena” fue el que hizo posible la epopeya, ésta no fue producto de una “unidad indígena” negociada y pactada; sino resultado de una articulación política desde abajo, desde los electores que rebasaron los liderazgos de sus organizaciones que estaban, entonces, muy fragmentadas entre sí. Patzi realizaba el siguiente diagnóstico unos meses antes de la elección que dio el triunfo a Morales: “En Bolivia estamos viviendo un momento de crisis del Estado, hay un vaciamiento de la oferta política dominante y no hay un proyecto partidario de las elites que resulte viable. El movimiento indígena es fuerte, pero no está unificado” (2005:70). Así, el escenario de diciembre de 2005 era impredecible. Evo Morales por el Movimiento al Socialismo (MAS) y Felipe Quispe por el Movimiento Indio Pachakuti (MIP), los dos competían entre sí como candidatos a la Presidencia del país. La imagen era de un movimiento indígena dividido. Lo que lo caracterizaba no era la homogeneidad y la unidad, sino la diversidad territorial y

<sup>3</sup> Diversos autores que han analizado los hechos que en su conjunto han sido llamados como “la guerra del agua” en Cochabamba, coinciden en la importancia de los actores colectivos aglutinados, entre otros, alrededor de la Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida, que logró articular un ciclo de protestas contra la privatización del agua y los efectos perversos del capitalismo global (Peredo *et al.*, 2004).

étnica, así como la desarticulación política e ideológica. Pese a estas divisiones, el triunfo indígena sería contundente.

¿Cómo explicarlo? Rivera no dejaba de sorprenderse por estos rasgos del movimiento indígena, que pese a su fragmentación eran capaces de rearticularse en momentos claves, como habían sido los electorales.<sup>4</sup> Ya lo había observado desde 2002, cuando los llamados “partidos políticos indígenas”, el Movimiento al Socialismo (el partido cocalero, que lideraba Evo Morales) y el Movimiento de Unidad Pachakuti (MUP), que dirigía Felipe Quispe, obtuvieron un creciente número de votos. Como resultado de ello, el número de asientos en el Congreso Nacional, superaba con mucho a los partidos de los empresarios, dando un fuerte golpe simbólico. “No deja de ser extraordinario el hecho de que estas redes aparentemente fragmentadas y sectoriales de opinión y demanda social, sean capaces de hallar una convergencia y una plataforma común de basto alcance nacional” (Rivera, 2003:20).

Mamani, por su parte también destacaba esta capacidad de rearticulación. Habiendo diagnosticado la fragmentación del movimiento indígena, sin embargo, nos dice:

Lo interesante es que la fragmentación produjo una nueva y compleja articulación de varios centros, con base en otros pequeños centros como un nuevo proceso de producción de contrapoderes indígenas frente a la dominación y explotación económica, étnica y de clase. Estas articulaciones envolventes y difusas, en muchos sentidos extienden sus luchas a nivel nacional y al mismo tiempo retornan y fortalecen la lucha local. Las disputas de liderazgo [...] son parte de este proceso de fragmentación y, al mismo tiempo, rearticulación territorializada de los movimientos indígenas [2006:43].

García Linera, que a la postre sería el vicepresidente de Evo Morales, identificaba en 2005 que el principal obstáculo para el triunfo electoral indígena (de cualquiera de los dos candidatos indígenas que competían para la presidencia de la República (Felipe Quispe y Evo Morales) era la fragmentación y disputa entre los liderazgos en distintas regiones del país, como poderes diseminados.<sup>5</sup> Micropoderes que Mamani llama

<sup>4</sup> Al respecto Mamani menciona: “Estamos hablando de una gran capacidad de organización [...] Esto no quiere decir que el mundo indígena y popular no tiene problemas y conflictos internos y cotidianos en esos espacios y sus interrelaciones. El mundo indígena tiene problemas internos, pero durante los movimientos tales problemas desaparecen para mostrarse como un solo cuerpo movilizado. Entonces la sociedad es un espacio que produce vida social y donde se activan las experiencias y las instituciones. Así se han puesto en movimiento los repertorios de acción” (2006:46).

<sup>5</sup> La fragmentación en el movimiento indígena no sólo se expresaba en el descentramiento de micropoderes regionales, sino también dentro de las mismas organizaciones. Cada unidad es, se asume y se comporta autónoma, lo que requiere una gran capacidad de articulación de parte de los

“epicentros”, que a sí mismos se asumían y se comportaban con cierta autonomía (toda vez que el conflicto se había territorializado), tanto frente al Estado (de manera creciente desde el 2000, con un Estado progresivamente debilitado) como el uno frente al otro. Autonomía de facto que no gozaba del reconocimiento estatal; pero cuyos actores políticos aspiraban a que tal reconocimiento se lograra.<sup>6</sup>

Los electores de esas microrregiones indígenas, con poderes paralelos, vieron en la coyuntura de la elección de 2005 la posibilidad de ver reconocidos legalmente sus micropoderes, en la oferta política de Evo Morales que ofrecía la reconstitución del Estado (Morales, 2004), mediante procesos de descentralización del poder político. Propuesta que a la larga, ha llevado a la Asamblea Constituyente a discutir, en los primeros meses del año 2007, una reorganización político territorial del Estado, instituyendo múltiples niveles de autonomía y centros de poder diversos.

Así las cosas, pareciera ser que pese al descentramiento en micropoderes de los liderazgos indígenas, distribuidos en distintos territorios, en diferentes pisos ecológicos, la lucha contra el Estado neoliberal y los efectos perversos de las políticas de privatización, aunada a la defensa de los recursos estratégicos del país, hicieron posible la articulación intersubjetiva de identidades colectivas indígenas, de movimientos sociales que unificados ejercieron tal presión por todos los costados, que debilitó la capacidad de respuesta del Estado hasta hacerlo sucumbir, con la destitución de dos presidentes de la República, y la convocatoria a elecciones adelantadas, a realizarse en diciembre de 2005 y llevar al triunfo a Morales. La importancia que tuvieron los liderazgos indígenas distribuidos

---

liderazgos nacionales. Al diagnosticar a la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) en el año 2003, Rivera Cusicanqui identifica: “La situación de los movimientos étnicos en las últimas dos décadas se ha complejizado de una manera notable. La corriente sindical del katarismo-indianismo ha pasado por un largo periodo de desarticulación y cooptación por los partidos *q’aras* [criollos], para retomar un ímpetu contestatario en los últimos años, a través de una red de poderes locales descentralizados que se vuelve a expresar en la CSUTCB, pero bajo el liderazgo caudillista y modernizante de Felipe Quispe (el ‘Malku’)” (2003:16).

<sup>6</sup> La caída del Estado fue en cierta forma resultado de un proceso de disolución desde abajo. Mamani narra el episodio de septiembre de 2003, cuando ya se daba la estocada final: “En el conflicto de septiembre de 2003, Sorata, es otro espacio-territorio del conflicto Estado-indígenas. El domingo 21 de septiembre después de sufrir una violenta agresión de parte de las fuerzas del Estado, las comunidades aymaras de los alrededores de los valles de Illimapu toman control y queman las instalaciones de la policía, hoteles privados, alcaldía e instituciones bancarias. Uno de los medios de prensa, hace notar el hecho: ‘Sorata ha quedado [...] Tras la quema de la Subprefectura, el juzgado agrario, la notaría, el cuartel policial, y la Alcaldía, todo rastro del Estado boliviano ha quedado reducido a cenizas’” (*La Razón*, 22/09/03) (Mamani, 2003).

en micropoderes y la diversidad en los repertorios de acción colectiva, contribuyeron de manera relevante a ese proceso.

### **MARCOS DE ACCIÓN COLECTIVA: RESISTENCIA DE LARGA DURACIÓN, MEMORIA CORTA Y MEMORIA LARGA**

Los estudiosos de las zonas andinas han documentado la importancia de la interrelación entre pisos ecológicos en la historia del Estado Inca. La organización de pisos ecológicos forma parte de la organización socioterritorial de Bolivia. Este pequeño país se sitúa en el centro de América del Sur, con una población que no supera los ocho millones de habitantes. A diferencia de los países vecinos, en Bolivia, 65% de la población se adscribe a diferentes grupos étnicos que fincan sus raíces en la herencia prehispánica, distribuidos en los distintos pisos ecológicos. El altiplano y la cordillera alcanzan altitudes de 3 000 a 4 500 msnm; los valles interandinos en la vertiente oriental de la Cordillera Real de Los Andes, cuya altitud oscila entre 1800 y 3000 msnm. Estos pisos ecológicos son el asiento de hablantes de qhichwa y aymara, distribuidos en las zonas rurales y urbanas. Mientras que los guaraní y más de 50 otras lenguas indígenas viven en la zona de la Amazonía y el Chaco (Rivera, 2003:28).<sup>7</sup> Esta última comprende las tierras bajas en el oriente del país, asentada en una extensa llanura que se extiende hacia los límites de Paraguay y Brasil a menos de 1 500 msnm (Patzi, 2005:63).

El sistema colonial rompió los vínculos económicos y políticos entre esos pisos ecológicos y al paso de los siglos las relaciones sociales entre ellos también fueron deteriorándose hasta casi desaparecer. Pero al nacer el nuevo milenio en un contexto de globalización, de manera inesperada los habitantes de los tres “pisos ecológicos” volvieron a reencontrarse y rearticularse en una estrategia de lucha política indígena, que se produjo entre 2000 y 2005 en un “ciclo de acción colectiva”. En esta coyuntura, cada contexto territorial era portador de procesos específicos, con los que arribaron a la lucha política nacional y cada una desarrollaba sus luchas mediante sus propios repertorios de resistencia. Es decir, sus “marcos de acción colectiva” que ya les son conocidos (Tarrow, 2004)<sup>8</sup> y que Mamani denomina “tecnologías

<sup>7</sup> Estudios de Xavier Albó ofrecen las siguientes cifras. Con base en el censo de 1992, de un total de 6 420 792 habitantes de Bolivia, 2 313 509 hablan qhichwa, 1 654 129 el aymara, 66 315 el guaraní y 43 490 otras lenguas en la Amazonía y el Chaco (citado por Rivera, 2003:28).

<sup>8</sup> Tarrow (2004) recuerda que en la obra de Charles Tilly, *Popular Contention in Great Britain 1758-1834*, el autor mencionaba que la acción colectiva se desplegaba mediante un “repertorio de confrontación” específico, acotado a la totalidad de los medios de que dispone un grupo para



indígenas”,<sup>9</sup> nutridas en la conciencia de una “historia de resistencia de larga duración” (Mamani, 2006) que comprende “memorias cortas y memorias largas” (Rivera, 2003).

Felipe Quispe, aymara y uno de los líderes más emblemáticos del movimiento indígena en Bolivia, quien fue fundador del Ejército Guerrillero Tupak Katakari (EGTK) en la década de 1990,<sup>10</sup> rememora que los eventos de resistencia indígena desplegados en el último lustro (2000-2005) no son circunstanciales, sino resultado de una resistencia histórica (Quispe, 2005:71). Dicha resistencia comienza desde que “el primer español llegó a Bolivia”. Son referentes de las luchas contemporáneas las que en el siglo XVII comandara el cacique aymara Tupak Katari y en el siglo XVIII el cacique Pablo Zárate Willka (Quispe, 2006:54; Patzi, 2005:64). Otros levantamientos los hubo también después del siglo XIX en contra de la nueva oligarquía criolla, lo que da sustento al argumento de la persistencia de la relación colonial. Las luchas del siglo XXI se perciben como la posibilidad de dar fin a las “dos repúblicas” en Bolivia, la de los *q’aras* (blancos) y la “república india” (Rivera, 2003). Los intelectuales aymara, los más persistentes en la generación de un pensamiento katarista-indianista, como Quispe, Mamani, Patzi, entre otros, afirman que las luchas del nuevo siglo entierran sus raíces en el sentimiento de una *resistencia de larga duración*.

Desde el punto de vista de F. Quispe las protestas que arrancaron en 2000 no son circunstanciales, sino resultado de estrategias políticas diseñadas desde décadas atrás

---

perseguir intereses compartidos. En su libro, Tilly afirma que la palabra “repertorio” refiere a un conjunto limitado de esquemas que se aprenden, se comparten y se realizan mediante un proceso relativamente deliberado de elección. A los límites de ese repertorio de confrontación específico Tarrow lo denomina “marcos de acción colectiva”, la estructura y la cultura ponen los márgenes; aunque siempre hay innovación en cada episodio de lucha, pero ésta se realiza en los márgenes de lo culturalmente conocido. Los movimientos sociales son depositarios del conocimiento de secuencias específicas de la historia de una sociedad, lo que les ayuda a superar el déficit en recursos y comunicaciones que caracteriza a los pobres y desorganizados. Afirma: “El repertorio es, a la vez, un concepto estructural y un concepto cultural, que incluye no sólo lo que los contendientes hacen, cuando están inmersos en un conflicto contra otros, sino lo que saben hacer y lo que los otros esperan que hagan” (Tarrow, 2004:59). Los elementos del repertorio son las habilidades y las formas culturales de la población en donde se realizan las acciones colectivas. Por su parte Chihu Amparán agrega que los “marcos” son repertorios de lucha culturalmente adecuados (Chihu, 1999).

<sup>9</sup> La importancia de la comunidad como una “tecnología de la rebelión” en Bolivia, también es mencionada por García Linera (2001).

<sup>10</sup> Quispe, uno de los líderes más emblemáticos del movimiento indígena en Bolivia, fuerte competidor de Morales, ha sido secretario ejecutivo de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) y de la organización política Movimiento Indio Pachakuti (MIP).

alimentadas en la “herencia (de) nuestros antepasados”. Para los líderes políticos indígenas, la organización societal y civilizatoria andina es memoria y es futuro. La noción *qhip nayr uñtasis sarnaqapxañani*, que se traduce como “mirando al pasado para caminar por el presente y el futuro” (Rivera, 2003:11), o dicho en palabras de Huáscar: “gracias a un mirar hacia atrás que también es un ir hacia delante: *ñawpax manpuni*” (2003:7) las luchas indígenas tienen en el horizonte la refundación del Estado y la constitución de sus pueblos, *ayllus* y *makas* (Morales, 2004); inscritos en esta “lógica de la rebeldía” (Rivera, 2003), el “ciclo de acción colectiva” que se desplegó en 2000-2005 se movió en marcos de acción colectiva conocidos, en tanto abrevan de luchas de resistencia históricas. Viejas resistencias, que son de gran actualidad.

En efecto, en el terreno del conflicto, en los lugares de la protesta, en los espacios de concentración y movilización de las multitudes, en las marchas, caminatas, bloqueos, que se desplegaron en la guerra del agua, la guerra del gas, de los hidrocarburos, de la defensa de la coca, vemos irrumpir viejas prácticas de resistencia. Pero esas prácticas nutridas en la memoria larga, en la resistencia de larga duración, se reinventan y se vuelven actuales, resignificadas por el contexto histórico de transformaciones, en las que emergen, para pasar de luchas locales a movimientos globales (Mayorga, 2005). Cada lucha comunitaria por la tierra, por el agua, por la coca, dejaba de ser local, cuando la suma de todas ellas, distribuidas en distintos micropoderes territorializados, se articulaba en la resistencia y defensa de los recursos estratégicos del país. En un momento histórico de debilidad del Estado-nación, cuando éste ha abandonado su papel nacionalista y de defensa de la soberanía, entregando el patrimonio nacional a los poderes imperiales. Como bien señala Iglesias (2005:76-77), al estudiar los nuevos movimientos sociales en Europa en el último lustro 2000-2005, las prácticas de lucha y resistencia cambian su significado en tiempos de globalización. Los movimientos adquieren el rasgo de ser globales y han desarrollado repertorios propios de acción colectiva a partir de la redefinición del papel del capital, del Estado y las agencias de mando globales.

Intentaré ahora dar cuenta de esas luchas locales con sus distintos repertorios estructural y culturalmente determinados, ubicados en espacios territoriales diferentes, desde donde actuaban. Es decir, desde distintos pisos ecológicos. Cada una de esas luchas, desde sus propios espacios y con sus propias “tecnologías” de resistencia (Mamani, 2006), ejerció la presión necesaria y emitieron los discursos suficientes, para convencer al resto de los electores del país, de la necesidad de transformar a Bolivia de una manera radical.

## MARCHAS INDÍGENAS DESDE LAS TIERRAS BAJAS

Las organizaciones indígenas de las tierras bajas fueron pioneras en las luchas por el reconocimiento. En 1990 organizaron la primera marcha hacia la ciudad de La Paz a la que llamaron “Marcha por la dignidad y el territorio” coordinada por la Confederación de Indígenas del Oriente Boliviano (CIDOB). La huella de esta movilización fue de largo aliento. Una de las consecuencias más relevantes fue el “encuentro” entre los pueblos que habitaban los distintos pisos ecológicos: las tierras bajas y las tierras altas; lo que tuvo gran fuerza simbólica y creó condiciones para alentar a otros actores indígenas a dar pasos adelante. Antes de esta marcha, no había memoria de un encuentro de esa naturaleza y los sentimientos afloraban. Los andinos de las tierras altas esperaron a los marchistas en la cumbre, sellando ahí mismo su alianza con el sacrificio de una llama y juntos marcharon hacia La Paz (Albó, 1996:331); triunfantes, haciendo cimbrar a los residentes de las ciudades. Fue el inicio de la visibilización de la resistencia y de la presencia indígena, que se multiplicarían a partir de entonces en la coyuntura de la Campaña Continental 500 Años de Resistencia Indígena y Popular.<sup>11</sup>

La segunda emergencia de los pueblos indígenas de las tierras bajas del sur de Bolivia se produjo en el periodo 2000-2005, en una nueva articulación política. Las marchas a La Paz fueron entonces más frecuentes. En 1997 se realiza la segunda marcha, en esa ocasión reclamaban que el Estado regulara una nueva presencia: las empresas transnacionales petroleras que se habían establecido sobre sus territorios, sin control alguno. Para entonces sus voces eran todavía lejanas e ignoradas. Pero en el año 2002 realizan una nueva marcha. El conflicto de tierras y su acción, la toma en la región oriental y el Chaco, condujo a enfrentamientos entre un emergente movimiento

<sup>11</sup> Tuvo además otras consecuencias. Era la primera vez que se formulaban demandas en términos territoriales obligando al Estado a reconocer estos derechos y el concepto de los mismos. El gobierno aceptó negociar y creó siete territorios indígenas por decreto presidencial; lo que tuvo un enorme impacto simbólico en todos los pueblos indígenas de Bolivia y del resto del continente. La marcha del CIDOB constituye hasta hoy día, un referente fundacional en la arqueología del repertorio de conceptos de derechos indígenas. Como lo ha destacado Postero “Desde entonces, la palabra territorio se volvió un nuevo icono de las relaciones Estado-indígenas” (2005:64). Diversos analistas mencionan que habiendo sido ésta la primera acción colectiva indígena fue también, por lo mismo, muy vulnerable. Sus estrategias de negociación con el Estado le dieron a este último la posibilidad de rearticular su hegemonía mediante la retórica de lo “pluri-multi”; es decir, de la versión latinoamericana del multiculturalismo que se encargó de despolitizar los derechos de los pueblos indígenas durante la década de 1990 (Toranzo, 1993; Paz, 2005; Hale, 2003; Díaz-Polanco, 2006). La debilidad del multiculturalismo para dar respuesta a los derechos indígenas, explica en parte la nueva emergencia indígena contra el neoliberalismo (Ezcázaga, 2004).

campesino-indígena del Movimiento de los Sin Tierra (MST) y las oligarquías de Santa Cruz y Tarija (Mamani, 2003).

Adicionalmente, esta marcha reclamaba el derecho de los pueblos de las tierras bajas sobre los recursos petroleros. Esta movilización logró articular un solo frente de lucha entre los distintos pueblos indígenas que coexisten en las tierras bajas (guaraní, ayoreos, chiquitanos y los guarayos, entre otros) (Moye, 2006), así como el apoyo de otras regiones y sectores del país, que defendían el petróleo como un recurso estratégico.<sup>12</sup>

La coyuntura 2000-2005 en las tierras bajas se caracteriza por un salto cualitativo en el movimiento indígena, al formular demandas y propuestas que tienen una envergadura local, nacional y global (Mayorga *et al.*, 2005). Y eran globales no sólo porque actuaban en red, sino principalmente porque se inscriben en el marco de un nuevo movimiento “apuntan a la confrontación global con el capitalismo actual” (Iglesias, 2005:73). Reelaboran sus discursos y propuestas en el contexto de la globalización. Defienden el petróleo como patrimonio nacional estratégico en disputa con las transnacionales petroleras y el capital imperial; pero también como un bien colectivo de los pueblos indígenas de la región.

En 2003 resignifican sus luchas, desplegando una nueva estrategia política, dirigida a crear una nueva jurisdicción político-territorial en el país, al demandar la creación del décimo Departamento, que los separaría del Departamento de Santa Cruz. Con esta propuesta introducen un nuevo discurso, el autonómico. Esto los confronta de manera directa con los ideólogos y los intereses de las oligarquías de Santa Cruz, que disputan al Estado una propuesta de autonomía regional (Urenda, 2003). En la nueva coyuntura la demanda de tierra-territorio, que formaba parte del repertorio de discursos y reclamos al Estado en la década de 1990, es resignificada como derecho al autogobierno: “nosotros queremos también gobernar” es el reclamo indígena frente a las oligarquías cruceñas (Castillo, 2006:86). Esta demanda los articula con las luchas nacionales por el poder político. El reclamo de reconstitución del Estado, ofrece la posibilidad del autogobierno a los pueblos indígenas de las tierras bajas en la puja por la reorganización territorial y los distintos grados de autonomías; agenda que se debate en la Asamblea Constituyente en el primer semestre de 2007.

<sup>12</sup> Marisol Solana una de las dirigentes de esta marcha, evalúa la importancia de esta reconfiguración, que daba un sentido diferente a “las marchas”, como parte del repertorio de la acción colectiva: “En todo este tiempo, nosotros hemos hecho más o menos cuatro marchas, como la que hicimos en el año 2002. Esta marcha ha sido muy importante, no sólo por haber sido una marcha de los indígenas, sino porque logró amplia participación de los sectores sociales: ahí estuvieron presentes las organizaciones urbanas, los rentistas, las trabajadoras del hogar de Santa Cruz y alrededor de 60 organizaciones. Creemos que este proceso de lucha se tiene que continuar y ahora queremos tener nuestro propio representante dentro del sistema de poder” (2006:89).

## TECNOLOGÍAS DE RESISTENCIA Y PODER TERRITORIALIZADO AYMARA

Bolivia es un país en donde importantes segmentos de su población indígena viven en las ciudades y forman parte de los pobladores urbanos. El estudio de Xavier Albó citado arriba, ofrece cifras que indican que en 1992 el 40% de los habitantes de La Paz declararon hablar el aymara. Lo propio ocurrió con 60% de la población de El Alto, importante concentración urbana ubicada en las inmediaciones de La Paz (citado por Rivera, 2003:28). El movimiento social urbano de El Alto se gesta desde el año 2000 cuando protagoniza varias marchas hacia La Paz. A esta microrregión rural-urbana en su mayoría hablante de aymara, le correspondió realizar el remate al ciclo de protestas, aquí analizadas, en el último episodio, durante el 2003. Tanto en la revuelta contra el aumento de impuestos en febrero, como en la “guerra del gas”, en septiembre-octubre; que dio la estocada mortal a la crisis del agonizante Estado en Bolivia. En 2003 el movimiento social urbano, como las juntas vecinales y trabajadores de la ciudad aymara de El Alto logró derrocar, el 17 de octubre, al gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada (Mamani, 2003).

Los actores políticos aymara evalúan que dichos eventos son resultado de estrategias (repertorios) políticos indígenas, desplegados en códigos, en gramáticas de resistencia indígena desde décadas atrás, como levantamientos, movilizaciones, marchas, huelgas de hambre, crucifixiones, toma de caminos, de ciudades, enfrentamientos con las fuerzas del Estado; declaraciones políticas, declaraciones de “estado de sitio” por los malkus y jilaqatas (liderazgos), de guerra civil a escala local, entre otras acciones semejantes. A este repertorio, el sociólogo aymara Pablo Mamani le llama “tecnología de resistencia indígena”. La principal característica de esta “tecnología” es la dispersión del poder territorializado, lo que les da gran potencia en la acción y gran capacidad de resistencia; a la que podríamos llamar “geopolítica de resistencia indígena”. Mamani lo describe de la siguiente manera:

Para el poder del Estado se ha hecho difícil combatir los levantamientos regionales y locales totalizantes, como un hecho contrario al de los pequeños grupos, aunque armados, porque aquí hay todo un conjunto de tecnologías comunales que tienen la capacidad de producir y sostener grandes levantamientos generales durante el tiempo que sea necesario. Por esta razón, los pueblos íntegros, con base en la ocupación de “territorios propios”, se levantan y se quiebran al Estado y a los gobiernos neoliberales. En este sentido, se puede decir que es “fácil” combatir contra grupos armados, pero es completamente difícil combatir contra tecnologías comunales que dispersan el poder indígena en diferentes espacios sociales y regionales, que son como microfísicas del poder comunal [2006:50].

Algunos despliegues de tácticas de “cuasi guerrillas”, eran en realidad, a decir de Quispe, movimientos de una estrategia a la que llamaban “el plan pulga”: picar de noche al enemigo y desaparecer “porque la pulga solamente sale en las noches y actúa” (Quispe, 2005:73). Mientras que el cerco a La Paz, en sus distintas etapas, ya fuera como “guerra del gas” o “guerra de los hidrocarburos”, que condujo al derrocamiento del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada y de Carlos Mesa, entre 2003 y 2005, fue resultado del “plan hormiga colorada”, que es marchar hacia las ciudades y cercarlas, bloquear caminos carreteros. Cargar piedras y palos y tapizar tramos de carretera para bloquear las ciudades. De esta forma las fuerzas armadas gubernamentales se dedicaban a retirar las piedras y al otro día, en cualquier lugar de la carretera, volvían a aparecer varios kilómetros de carretera alfombrada de piedras, palos, vidrios, arena (Mamani, 2003).

Al respecto Patzi afirma que el “bloqueo de caminos” es una “técnica de lucha que consiste en ocupar el territorio mediante la movilización de las redes comunales”. Esta acción colectiva se organiza en cada *ayllu*. Como parte del trabajo comunitario “de la ayuda mutua” todos participan. Mientras que Quispe abunda que en cada comunidad se organizaban contingentes, los jóvenes de entre 18 y 30 años, son los que salen al bloqueo de caminos; mientras que las personas mayores se quedan a proteger la comunidad y se encargaban de preparar las provisiones para los que estaban movilizados. Estas técnicas, basadas en la organización comunitaria (García, 2001), están presentes en la memoria histórica de la resistencia “reedita la memoria de la lucha de Tupak Katari, que intentó hacer escapar a los españoles tendiendo un cerco a la ciudad de La Paz” (Patzi, 2005:68).

## RECONSTITUCIÓN DEL QULLASUYU/TAWINTISUYU

Con menor impacto mediático que las otras grandes movilizaciones territoriales, el Consejo Nacional de Ayllus y Karmas del Qullasuyu (CONAMAC) ha ejercido una presión importante en el movimiento social en Bolivia, al evidenciar la creciente etnización de la lucha política, y la aspiración de segmentos importantes de la población indígena de ese país, a reconstituir los “gobiernos originarios” y restituir el Tawintisuyu, como un orden social legítimo (CONAMAC, 2004) En el 2002 aparece este movimiento, como una nueva expresión de las luchas indígenas que se centra en la reconstitución de los *ayllus* y *markas*<sup>13</sup> (comunidades y microrregiones), ubicados en ciertas partes del

<sup>13</sup> Definido desde adentro “El ayllu tiene una estructura social, compuesto por una unidad grupal con afinidad social, política, económica, conformando una categoría muy particularizada desde la JATHA o ALI, que ocupa un espacio territorial en el territorio del Ayllu. Muchos de nuestros

altiplano y los valles centrales de Bolivia (Mamani, 2003). En voz de uno de sus representantes, este movimiento se plantea:

En Qullasuyu, nuestro objetivo es recuperar todo el poder político que hemos perdido durante 469 años, y por qué no decir de los 509 años que los invasores nos han explotado en nuestro continente Abya Yala; al gran Tawantinsuyo. Ahora, cuando pensamos del poder local donde vivimos, en un territorio reducido, es necesario aplicar y hacer funcional la estructura de nuestros ancestros, valorando nuestras propias autoridades [Apaza, 2001:88].

Este reclamo se hace patente con la presencia de las autoridades de los *ayllus* y *markas* en los distintos eventos, como instituciones propias, vigentes y legítimas. La percepción es que la organización del Estado boliviano se sobrepone a una organización social subterránea. Una ingeniería comunitaria ignorada y despreciada por la institucionalidad estatal. Para hacerlo patente, las multitudinarias movilizaciones sociales suelen estar fuertemente marcadas con la presencia de los símbolos del poder indígena como la bandera wiphala multicuadrada del *Qullasuyu*, los *pututus* (ponchos rojiverdes) y los *awayus* de las autoridades político-territoriales de los *ayllus* y comunidades; además de consignas enunciadas en aymara o qhichwa que vitorea a sus héroes caídos en la resistencia como Tupaj Katari-Bartulina Sisa, Pablo Zarati Willka, Tomas Katari; entre otros, que desafían al poder del Estado. Este conjunto, como parte del repertorio de los movimientos sociales indígenas, tiene un fuerte contenido simbólico, que hace evidente el carácter étnico indígena de las movilizaciones y acciones de resistencia. Este repertorio puede verse por igual en el altiplano, en los valles, en las regiones tropicales del Chapare Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra.

Este repertorio es, a decir de Mamani (2003), la “exposición de los símbolos del poder indígena”. En algunos lugares, menciona el autor, estas luchas pasan del terreno de lo simbólico a los hechos. Los *ayllus* de Jach’a Karangas, de manera particular Kurahuara de Karangas en el año 2000, han tomado y destituido al subprefecto de la provincia Sajama porque éste había colaborado con el regimiento Tocopilla para utilizar los instrumentos (una motocicleta) de la subprefectura y reprimir el bloqueo regional de los *ayllus*. Han participado de este conflicto las *markas* de Tutura, Turko y Julluma. El movimiento de los *ayllus* ha protagonizado una primera y multitudinaria marcha

---

Ayllus están conformados por varios Jathas y Ali. El conjunto de Jathas y Ali constituyen el territorio del Ayllu y este conjunto de Ayllus llega a formar la marka. Al final el conjunto de *markas* constituye una nacionalidad como ejemplo PAKAJAKI. Este conjunto de las nacionalidades forman el SULLU como el caso de nosotros el QULLASUYU” (Apaza, 2001:85-86). El énfasis es del autor.

de mallkus, jilaqatas, mama t'allas, jilankus y kurakas con sus vestimentas indígenas, hacia La Paz en mayo y junio de 2002. Ayllu-estado. Desde sus espacios, en sus micropoderes, estos movimientos fueron progresivamente socavando la legitimidad del Estado neoliberal y unicultural, que había limitado el reconocimiento de estos pueblos a una retórica "pluri-multi" (Toranzo, 1993), despolitizando los reclamos de reconocimiento de autogobierno indígena, desde sus propias instituciones y formas de organización política (Apaza, 2001).

Ante la disolución de la soberanía nacional Bolivia se fragmentaba en microterritorios, en cada microterritorio se constituía un micropoder antiestatal, que progresivamente sustituía al Estado, tanto por ausencia como por expulsión; hasta que sucumbió en la forma de 2005. Eso no quiere decir, como bien alerta Zibechi (2006) que ése pueda renacer de nuevo, relegitimado, ya que la vieja gobernabilidad tiene posibilidades de reconfigurarse. Y tal cosa puede suceder, si la Asamblea Constituyente no logra efectivamente modificar el Estado, para pasar de la mera posesión de las instituciones de gobierno, como ahora sucede, a la ocupación popular del Estado, mediante instituciones que diseminan de manera constitucional el poder (y no por la vía de facto) con nuevas instituciones autonómicas. El reto de refundar el Estado está en desmontar la herencia colonial de su estructura institucional.

### **COCALEROS: CLASE, ETNIA, SINDICATOS Y LUCHA ELECTORAL, COMO PARTE DEL REPERTORIO DE RESISTENCIA INDÍGENA**

En el movimiento indígena de Bolivia, a diferencia del de otros países del cono sur, como Brasil, Colombia, Ecuador o Perú, la organización sindical, la lucha de clases y la adhesión a partidos políticos y la participación en luchas democrático-electorales no es ajena a su historia política. Por el contrario éstas forman parte del "repertorio de resistencia" desde por lo menos la segunda mitad del siglo XX. Estas formas de organización fueron apropiadas y resignificadas culturalmente. Los líderes campesino-indígenas más importantes de Bolivia, han sido, en su momento, los dirigentes más visibles de la CSUTCB que agrupa a los poderosos sindicatos campesinos de ese país. Más recientemente estos mismos líderes han fundado "partidos étnicos" (Van Cott, 2003), como el Movimiento al Socialismo (MAS) o el Movimiento de Unidad Pachacuti (MUP), para acceder al poder formal. Estas formas de organización se caracterizan por estar pensados, contruidos y dirigidos desde la propia militancia y liderazgos indígenas (Calla, 1993:61-62). El movimiento indígena de Bolivia ha formado desde la década de 1970 el movimiento indianista-katarista (Albó, 1996; Rivera, 2003) que marcó el horizonte de lucha.



De tal forma que no es circunstancial que a principios del nuevo siglo, los liderazgos indígenas de Bolivia hayan logrado construir discursos y propuestas que han ganado la “identificación étnica” (Calla, 1993) de otros sectores no indígenas y que conduzcan estos procesos, articulando movimientos de carácter pluriétnico, multclasista y multisectorial. Importa enfatizar que tal capacidad de convocatoria de los liderazgos indígenas de Bolivia, no es resultado solamente del peso demográfico de su población (que comparten con Guatemala, Perú y en cierta forma Ecuador), sino de su formación y experiencia, en el terreno de la política nacional, desde varias décadas atrás. Autores como Xavier Albó han rescatado esta mixtura en el discurso de los liderazgos indígenas de Bolivia. Recuerda la expresión, de “en un ojo la etnia y en otra la clase”, que guiaba al movimiento indígena, como una expresión que Víctor Hugo Cárdenas, usaba con frecuencia. Víctor Hugo Cárdenas fue vicepresidente de Bolivia, en 1993-1997. Sobre la base de esos antecedentes, la etnia y la clase fueron fusionadas en los movimientos sociales, y más recientemente en los partidos políticos.

A diferencia de otros movimientos sociales como el zapatismo en México; la fusión entre movimientos sociales y lucha por el poder político, no parece contradecirse, por el contrario, ambas vías forman parte de una sola estrategia política. Quispe, se refiere a ambas vías como “los dos brazos” del movimiento indígena:

[...] el movimiento indígena se ha planteado tener dos brazos, un brazo democrático que estaríamos reconociendo sus leyes de nuestros opresores, de aquellos señores que nos gobiernan de generación en generación, y nos estamos manejando allá adentro, pero somos los seis diputados que podemos hacer nada. Pero a la vez, es también valioso para nosotros porque el Parlamento nos da esa credencial, que podemos movernos en todos los lugares, porque así no estamos clandestinos, no estamos conspirando, sino que con las mismas leyes estamos actuando [Quispe, 2005:75].

El otro brazo es la organización social, es el brazo que está en las comunidades, “es otro brazo que siempre está listo para actuar”.

Estos son rasgos que comparten los cocaleros de El Chapare, aquí surge uno de los “partidos étnicos” más exitosos, el Movimiento al Socialismo (MAS), que postuló a Evo Morales a la Presidencia de Bolivia. El Chapare es una microrregión producto de varias décadas de colonización espontánea y dirigida, de aymará y qhichwa desde el Estado, en la segunda mitad del siglo XX, hacia el trópico de Cochabamba. En El Chapare los colonizadores se convirtieron en campesinos productores de la hoja de coca, que tenía una gran demanda en el mercado nacional y con los países andinos vecinos. La población que colonizó el trópico cochabambino, tiene un doble origen, por un lado se trata de campesinos andinos, con una tradición cultural de los ayllus y markas; por el otro,

indígenas aymará y qhichwa-hablantes expulsados de las tierras altas como resultado de la crisis de la producción minera, en Oruro, Potosí y Chuiquisaca (García, 2005:78). Lo que le hacía portador de un repertorio de acción colectiva que venía de las luchas de los sindicatos mineros. La organización de los cocaleros se articuló en la década de 1990 y sirvió de soporte a algunos de los movimientos del ciclo de protesta 2000-2005, además es la base de los “partidos cocaleros” que se sostienen en una densa red de sindicatos, subcentrales y centrales territoriales, que culmina en la cúpula con poderosos liderazgos verticales, como el de Evo Morales, en las Seis Federaciones del trópico de Cochabamba (Rivera, 2003).

En la década de 1980 la producción de coca comenzó a ser ferozmente perseguida por el Estado boliviano, que pretendía la total erradicación del cultivo, presionado por los intereses de Estados Unidos, que asociaban la producción de la hoja de coca, con el mercado del narcotráfico. El movimiento cocalero sufrirá una fuerte represión y constante militarización. Una prolongada y sistemática campaña de detenciones y asesinatos condujo a masacres como la acontecida en Villa Tunari en 1986, donde mueren 16 cocaleros del Chapare.

Los cocaleros de las tierras bajas y las tierras altas, se unificaron y salieron en defensa de la hoja de coca, tanto por ser su principal fuente de sobrevivencia, como por lo que la hoja significaba simbólicamente en la cultura andina, como un componente de los rituales sagrados de las tradiciones incaicas. La coca entra en circulación con todos los ciclos rituales, por lo que le aportó al movimiento social bolivariano la dimensión espiritual, de resistencia sacralizada; potenciándola de una manera insospechada. La lucha de los cocaleros se fortaleció cuando poco a poco la defensa de la coca articuló a la zona del trópico cochabambino, con la de las Yungas, en La Paz, que es una zona tradicional de cultivo, anterior a la República, con ello conectó algunos pisos ecológicos y también la lucha de resistencia. La combinación de todos esos elementos volvió a los cocaleros un contrapoder muy eficaz que socavó la legitimidad del Estado. Al respecto García Linera afirma:

[...] el movimiento cocalero será uno de los primeros en intentar ampliar y leer la acción política en dos dimensiones: la dimensión política asentada en las prácticas tanto sindicales como comunitarias heredadas del mundo andino, principalmente aymara y de la tradición de la lucha minera; y la acción política con la forma moderna de partido político. Se puede decir que el movimiento cocalero, en tanto movimiento social, es el primero que experimenta la posibilidad de construir brazos políticos electorales [García, 2005:80].

Este contrapoder fue territorializándose de manera institucional al apropiarse de las instituciones de gobierno local, lo que sirvió de entrenamiento y puso en el horizonte

la lucha por el poder político, vislumbrando estrategias que orientaban el camino para pasar de “la resistencia al poder”. La estrategia comenzó por abajo. Inicia por participar en las elecciones municipales en 1997. Los dirigentes cocaleros descubrieron que era posible acceder al poder local, ganaron elecciones en municipios en las zonas del Chapare, así como en las regiones del Valle Alto y el Valle Bajo de Cochabamba. Esta innovación introdujo cambios en la organización del poder en los municipios indígenas, al incorporar la participación de las mujeres (Zurita, 2005).

En las elecciones municipales siguientes, en el trópico cochabambino, una treintena de municipios llegaron a estar controlados por dirigentes cocaleros surgidos del sindicalismo y decenas de concejales en todo el país se involucraron en la política municipal desde las organizaciones sindicales y populares. Sobre este terreno abonado, evalúa Rivera (2003) en las elecciones del 2002, se da un vuelco fundamental en el esquema de la democracia restringida que se estaba fortaleciendo mediante la captación de las demandas indígenas de la década de 1980. El MAS obtendrá el 20% de la votación nacional, consiguiendo 36 diputados, de los cuales 12 eran indígenas, postulados desde las comunidades a partir de Cabildos, es decir, mediante las asambleas (García, 2005:81).

Esta fuerza política participó y se retroalimentó del movimiento en defensa del agua que se desarrolló en Cochabamba; de hecho ésta era, en cierta forma, su área de influencia. Mamani (2003) evalúa que los cocaleros fueron parte activa en el año 2000 en la “guerra del agua” y de las movilizaciones de Sacaba, Vinto, Parotani, Corani. Los cocaleros, regantes y organizaciones barriales de la ciudad de Cochabamba han logrado tejer vínculos de solidaridad entre lo que son los valles y las tierras tropicales del Chapare. Se han ido construyendo memorias sociales de la vida social y sobre los enfrentamientos. Por otro lado, a decir de Patzi (2005), la movilización del año 2000 mostró que los partidos ya eran incapaces de dar respuestas a la sociedad, que por mucho los rebasaba. Los movimientos sociales se plantearon, entonces, constituirse en partidos políticos. Los cocaleros formaron el MAS, mientras que el movimiento aymará constituyó el MIP. A partir de entonces, menciona Patzi, “en la sociedad boliviana existen dos tipos de organizaciones políticas: los partidos de criollo-mestizos y los partidos indígenas” [2005:69]. Los liderazgos de estos movimientos condujeron procesos políticos de “identificación étnica” (Calla, 1993) que llevarían al triunfo a Evo Morales en diciembre de 2005.

## DE LA RESISTENCIA AL PODER: A MANERA DE REFLEXIÓN FINAL

El “ensayo boliviano” que comprende el ciclo de protestas 2000-2005 y que concluye con el ascenso del aymara Evo Morales a la Presidencia de la República de Bolivia, nos habla sobre el proceso de resistencia de los pueblos indígenas de Bolivia, desde muchas décadas atrás. Da cuenta de que la consigna “de la resistencia al poder”, constituye en realidad un *continuum* donde resistencia y poder se constituyen mutuamente. La primera hace posible la constitución de contrapoderes territorializados, que son simultáneamente espacios de poder y también de resistencia. Así, el ascenso de Morales a la Presidencia no supone el agotamiento de un ciclo “de resistencia”, porque este evento no es la culminación de un proceso resistencia-poder, sino apenas de un “ciclo de acción colectiva” de movimientos sociales indígenas y de un movimiento de identificación étnica, que salieron en defensa conjunta de los recursos estratégicos del país (agua, gas, hidrocarburos) en una coyuntura de amenaza creciente del neoliberalismo.

En esa historia de larga duración, las viejas luchas indígenas se volvieron nuevas, al ser resignificadas en un contexto de resistencia, que al mismo tiempo luchaba por refundar el Estado para dar nacimiento a un Estado multinacional, que por modificar las relaciones y consecuencias más perversas con el capital imperial y las multinacionales que trabajan a su favor.

El ensayo boliviano nos dice mucho sobre las historias de resistencia de larga duración. “De la resistencia al poder”, es un proceso que viene desde lejos y que no culmina con un triunfo electoral. Pero que tampoco renuncia a él, toda vez que forma parte, que es un elemento más, de esas luchas de resistencia, que también tienen triunfos que no son sólo simbólicos, sino también políticos, en cuanto abren la oportunidad para modificar el diseño del Estado y sus instituciones y dar nacimiento a un nuevo tipo de Estado, el multinacional; transformaciones que de lograrse, no son poca cosa.

## BIBLIOGRAFÍA

- Albó, Xavier (1996), “Nación de muchas naciones: nuevas corrientes políticas en Bolivia”, en Pablo González Casanova y Marcos Roitman Rosenmann (coords.), *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, Demos, México, pp. 321-366.
- Assies, Willem (2001), “David vs. Goliat en Cochabamba: los derechos del agua, el neoliberalismo y la renovación de la propuesta social en Bolivia”, *Tinkazos. Revista Boliviana de Ciencias Sociales*, año 4, núm. 8, PIEB, La Paz, pp. 106-131.

- Apaza, Jaime (2001), "Poder local y expresiones de autoridad indígena. El poder local-poder del ayllu. Consejo de Gobierno de Ayllus y Markas del Qullasuyu, Bolivia", en Kaji'E (ed.), *Los hijos de la Tierra hablan. Política, poder local y pueblos indígenas*, Programa Educativo Kaji'E, OCAA, Guatemala, pp. 83-88.
- Blumer, Herbert (1982), *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*, Editorial Hora.
- Castillo, Jesús (2006), "La lucha del pueblo guaraní", en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 82-86.
- Calla Ortega, Ricardo (1993), "Hallu hayllisa huti. Identificación étnica y procesos políticos en Bolivia (1973-1991)", en Alberto Adriaén et al., *Jornadas de politología. Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*, IEP, IFEA, Lima, Perú.
- Chihu Amparán, Aquiles (1999), "Estrategias simbólicas y marcos para la acción colectiva", *Polis*, núm. 99, UAM-Iztapalapa, México, pp. 41-66.
- CONAMAC, *Rumbo a la asamblea constituyente. Por un Estado plurinacional*, año 1, núm. 1, Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAC), Chuquiago Marka-Qullasuyu (La Paz, Bolivia).
- Díaz-Polanco, Héctor (2006), *Elogio de la diversidad*, Siglo XXI Editores, México.
- Ezcárzaga, Fabiola (2004), "La emergencia indígena contra el neoliberalismo", *Política y Cultura*, otoño, núm. 22, UAM-Xochimilco, México, pp. 101-121.
- Escárzaga, Fabiola y Raquel Gutiérrez (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. I, Casa Juan Pablos y coeditores, México.
- García Linera, Álvaro (2005), "Los movimientos indígenas en Bolivia", en Fabiola Escárzaga y Raquel Gutiérrez (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. I, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 76-84.
- (2001), "Multitud y comunidad. La insurgencia social en Bolivia", *Revista Chiapas*, núm. 11, ERA-III-UNAM, México [<http://www.ezln.org/revistachiapas/No11/ch11.html>].
- Gutiérrez, Raquel y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México.
- Hale, Charles (2003), *Does Multiculturalism Menace? Governance Cultural Rights and the Politics of Identity in Guatemala* (documento fotocopiado).
- Huáscar Antezana, Luis (2003), "Prólogo a la primera edición", en Silvia Rivera Ciscanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del cammpesinao aymara y qhechwa 1900-1980*, Aruwiwiri-Editorial del Taller de Historia Oral Andino (THOA), La Paz, tercera edición, pp. 7-10.
- Iglesias Turrión, Pablo (2005), "Un nuevo poder en las calles. Repertorios de acción colectiva del Movimiento global en Europa. De Seattle a Madrid", *Política y sociedad*, núm. 2, vol. 42, Universidad Complutense, Madrid, pp. 63-93.
- Mamani Ramírez, Pablo (2006), "Dominación étnica, de clase y territorialización del poder indígena en Bolivia", en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 35-53.
- (2003), "Fragmentación del movimiento indígena y territorialización del conflicto Estado-indígenas en Bolivia /Qullasuyu", *Revista Electrónica Malki*, año 1, núm. 3, miércoles 12 de

- noviembre al 11 de diciembre de 2003[ <http://www.faustoreinaga.org.bo/mallki/revistas/Carti-3Rev3-noviem-2003.htm>].
- Mayorga, Fernando, Eduardo Córdova, Julián Pérez y Alba Rojas (2005), *Temas globales en Bolivia. Los casos de la guerra del agua y el Movimiento Boliviano de Lucha contra el TLC y el ALCA*, UNRISD, CESU-UMSS, La Paz.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México.
- Morales, Evo (2004), “La rebelión de los excluidos”, *Revista Aportes Andinos*, enero, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador [<http://www.uasb.edu.ec/padh/revista8/actualidad.htm>].
- Moye, Carlos [2006], “La organización indígena en tierras bajas”, en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 90-91.
- Murra, John Victor (1999), “Derechos a las tierras en el Tawantinsuyu”, en Margarita Menegus Bornemann (coord.), *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian*, Colmex, CIESAS y coeditores, México, pp. 97-112.
- Patzi Paco, Félix (2005), “Las tendencias en el movimiento indígena en Bolivia”, en Fabiola Escárzaga y Raquel Gutiérrez (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. I, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 68-74.
- Paz, Sarela (2005), “Comentarios a las ponencias de Nancy Postero y Enrique Herrera”, en Luis Enrique López y Pablo Regalsky (eds.), *Movimientos indígenas y Estado en Bolivia*, CENDA, Plural editores, La Paz, Bolivia, pp. 97-103.
- Peredo, Carmen, Carlos Crespo y Omar Fernández (2004), *Los regantes de Cochabamba en la guerra del agua*, CESU, UMSS, Cochabamba, Bolivia.
- Postero, Nancy (2005), “Movimientos indígenas bolivianos: articulaciones y fragmentaciones en búsqueda del multiculturalismo”, en Luis Enrique López y Pablo Regalsky (eds.), *Movimientos indígenas y Estado en Bolivia*, CENDA, Plural editores, La Paz, Bolivia, pp. 17-52.
- Quispe, Felipe (2005), “La lucha de los Ayllus Kataristas hoy”, en Fabiola Escárzaga y Raquel Gutiérrez (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. I, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 71-75.
- (2006), “Dos repúblicas en Bolivia”, en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 54-59.
- Rauber, Isabel (2003), *América Latina. Movimientos sociales y representación política*, Edición digital Rebelión, Buenos Aires.
- Rivera Cusicanqui, Silvia (2003), *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del camppesinao aymara y qhechwa 1900-1980*, Aruwiyiri-Editorial del Taller de Historia Oral Andino (THOA), La Paz.
- Solana, Marisol (2006), “Panorama de lucha en tierras bajas”, en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 87-89.
- Tarrow, Sydney (2004), *Poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, Madrid.

- Terán, Margarita (2006), “La organización de cocaleras del Chapare y la lucha contra la represión”, en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 75-81.
- Toranzo Roca, Carlos (1993), *Lo pluri-multi o el reino de la diversidad*, ILDIS, La Paz, Bolivia.
- Torrico Terán, Mario (2006), “El triunfo de Evo Morales: una visión histórica”, *Istor*, núm. 25, CIDE, México, pp. 59-79.
- Urenda Díaz, Juan Carlos (2003), *Autonomías departamentales*, Editorial Imprenta El País, segunda edición actualizada, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.
- Van Cott, Donna (2003), “Cambio institucional. Partidos étnicos en Sudamerica”, *Análisis Político*, núm. 48, enero-abril, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 26-51.
- Zibechi, Raúl (2006), “Estrategias políticas de los movimientos indígenas”, en Raquel Gutiérrez y Fabiola Escárzaga (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. II, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 474-483.
- Zurita, Leonida (2005), “La organización de las mujeres cocaleras en El Chapare”, en Fabiola Escárzaga y Raquel Gutiérrez (coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, vol. I, Casa Juan Pablos y coeditores, México, pp. 85-94.